

Política y primeras lecturas

Miguel Dalmaroni

Entre 1965 y 1970, es decir, desde la publicación de *Responso* y hasta meses después de la edición de *Cicatrices*, Juan José Saer y sus libros fueron mencionados, comentados o reseñados en revistas y diarios de Buenos Aires con cierta frecuencia. A excepción de un breve texto sin firma en el semanario *Confirmado* a propósito de la aparición de *Palo y hueso*, en 1966, y de la excepcional nota crítica sobre *Cicatrices* que escribió María Teresa Gramuglio para la revista *Los Libros*,¹ predominaron los juicios negativos, el desdén y hasta el fastidio. La crítica especializada ha comentado el caso de la reseña de *La vuelta completa* que firmó Oscar Barros en la revista *El Escarabajo de Oro*² y, fuera de los escritos de prensa, tampoco ha pasado desapercibida la entrada “SAER, Juan José” de la *Enciclopedia de la literatura argentina* dirigida por Pedro Orgambide y Roberto Yahni que Editorial Sudamericana distribuía en 1970, es decir, casi junto con *Cicatrices*: tras mencionar cada uno de sus libros hasta la flamante novela de 1969, y ubicarlos ligeramente entre el realismo y los temas “de carácter político o social”, el texto se cerraba con un juicio negativo, apenas matizado por un atisbo de prudencia histórica: “Saer no

- ¹. Gramuglio, María Teresa, “Realismo. El iracundo que leía a Joyce”, en *Confirmado. Revista Semanal de Noticias*, Buenos Aires, año I, N° 38, 10 de marzo de 1966, p. 52; Gramuglio, María Teresa, “Las aventuras del orden”, en *Los Libros*, Buenos Aires, año I, N° 3, septiembre de 1969, pp. 5 y 24.
- ². Barros, Oscar, “J. J. Saer, *La vuelta completa*; ed. C. Vigil”, en *El Escarabajo de Oro*, Buenos Aires, año VIII, N° 35, noviembre de 1967, pp. 28-29. En investigaciones recientes, Martín Prieto ha hecho referencia a ese escrito en más de una oportunidad.
- ³. R.R.B. [Ricardo Rey Beckford], “SAER, Juan José”, en Orgambide, Pedro y Roberto Yahni (dirs.), *Enciclopedia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1970, p. 548.

ha logrado todavía crear –a partir de las inquietudes y propósitos señalados en su obra– ni un mundo narrativo ni un estilo personal y propio”.³ Pero el rechazo más drástico fue seguramente el que se produjo en 1965 desde las páginas de *Primera Plana*: el semanario de actualidad más novedoso e importante de la época, que la historia cultural ha identificado entre los agentes locales de la construcción mediática del llamado *boom*, se ocupó de liquidar sumariamente a Saer mediante una expeditiva reseña de *Responso*. En apenas un tercio de página, y reunidas bajo el título “Demasiado tarde” a modo de acusación de anacronismo literario, se comentaban a la vez la novela de Saer y *Adiós a la izquierda*, de Bernardo Carey, otra de las novedades que el sello Jorge Álvarez había lanzado en 1964. Para el columnista, la temática y el registro de los dos relatos “devuelven” a la época en la que, diez años atrás, “la novela argentina estaba en trance” y en la que narradores como David Viñas representaban, mediante ciertas “novelas agresivas”, la novedad rupturista del momento; “el lánguido Saer –señala *Primera Plana*– incurre a menudo en lo obvio”, “editorializa con decisión” en lugar de convertir sus teorías en hechos narrados, y –candoroso– coincide con Carey en un “modo sentimental” de abordar la política. Sin eufemismos, el comentario impugna esos defectos desde la concepción de la modernidad cultural entendida en términos de mercado y de consumo, que *Primera Plana* celebraba y promovía tanto en sus notas sobre libros como en las dedicadas a la moda, los negocios o la decoración habitacional; según eso, Saer y Carey escriben: “Como si nada hubiera ocurrido desde entonces, como si una novela no empezara a ser en este país un producto comercial bien terminado, que seduzca y retribuya a su comprador”.⁴

En cambio, entre los escritos de prensa que durante esos años recomendaban a Saer, hay dos que llaman la atención porque reúnen algunas características que los convierten francamente en rarezas: el peso que las firmas de los reseñistas adquirirían en diferentes circuitos del debate cultural; el hecho de que hasta el presente resulte muy improbable encontrar un estudio crítico sobre Saer que los cite; y el modo de leer que despliegan, infrecuente en la época, pero que prefigura los criterios de valoración que mucho más tarde se impondrían en la crítica saeriana predominante. Nos referimos a los dos textos que reproducimos en este apartado del *dossier*: la reseña de *Responso* que Carlos Altamirano (por entonces joven estudiante comunista) envió desde Corrientes a la revista *Hoy en la Cultura* en 1965, y la breve bibliográfica sobre *Cicatrices* que firmó el historiador Félix Luna en la sección literaria del diario *Clarín* en agosto de 1969. A diferencia del escrito de Luna, el de Altamirano comparte, con casi todos los documentos

4. “Demasiado tarde”, en *Primera Plana*, Buenos Aires, año III, N° 129, 27 de abril de 1965, p. 60, sin firma.

5. Prieto, Adolfo. *Literatura y subdesarrollo. Notas para un análisis de la literatura argentina*, Rosario, Editorial Biblioteca, 1968; y *Diccionario básico de la literatura argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968, col. Capítulo.

de recepción que citamos antes, un foco de interés sobre el que también haría hincapié Adolfo Prieto en 1968: la relación de la narrativa de Saer con el peronismo.⁵ Sin embargo, tanto Altamirano como Luna se aproximan a los enfoques de Prieto y de la nota de Gramuglio citada antes por su énfasis en la originalidad del *contenido de la forma*, por la implicación imprescindible entre el trabajo literario con el lenguaje, los modos de representación de la experiencia y los efectos de lectura.

Reconsiderados hoy, los comentarios de Luna y Altamirano permiten advertir, por contraste, toda la distancia que separaba a Saer y su poética de las morales del intelectual predominantes en la crítica literaria durante los años sesenta: los momentos políticos de las historias narradas en sus libros parecían oponerse diametralmente a cualquier imperativo histórico edificante, a cualquier forma de optimismo político o revolucionario, y hasta a una subjetividad narradora que insinuara u orientara un sentido. Es un hecho que muy pocos lectores podían, como lo hace Altamirano con el Alfredo Barrios de *Responso* o Luna con la “voz justa” de las historias “banales” de *Cicatrices*, advertir el efecto *crítico* que perseguía la representación sórdida de esos personajes que, tras el derrocamiento del peronismo, se diluyen derrotados, locos o perdidos en la pulsión del juego, del crimen, del suicidio. Contados actores del debate crítico eran capaces –como en estos dos casos– de desechar del todo la sospecha de pesimismo ideológico o ético tras leer esas narraciones “gratuitas” en las que ni la forma del relato ni las conciencias de los personajes pueden “juntar los pedazos” para otorgar un sentido fiable a la experiencia, menos aún a la experiencia colectiva.⁶

Realismo sustancial y voluntad polémica

***Responso*, por Juan José Saer, ed. Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1964.**

Una aguda conciencia del lenguaje, de sus posibilidades expresivas, penetraba los cuentos del primer libro de Juan José Saer, *En la zona*. Esa preocupación se mantiene en *Responso*, pero la inquietud moral que fermentaba en aquellas *ficciones* ha ganado en lucidez. En un mundo novelesco cargado de significaciones políticas y sociales, articula personajes y vicisitudes, a través de un ritmo narrativo muy bien elaborado.

La voluntad de aferrar la realidad y develar su sentido, sobre todo mediante la asunción de nuestro pasado reciente, vincula a Saer al grupo más empeñoso entre los escritores argentinos jóvenes. En este caso la *historia* es el peronismo, la historia registrada, vivida, a nivel de una experiencia individual

⁶. Como se recordará, a partir de una cita de Oscar Wilde en la que aparece la expresión, la imposibilidad de “juntar los pedazos” es un *leitmotiv* de *Cicatrices*.

sin brillo pero preñada de implicaciones, la historia que aun alojada en el pasado del protagonista, se convierte en el eje de sus actos y sus elecciones.

El periodista Alfredo Barrios adhiere al peronismo; sin embargo, su adhesión eufórica y sincera es sentimental y no el resultado de una iniciativa política. La precariedad de esta decisión se pone a prueba cuando, en septiembre del 55, la política irrumpe, incomprensible, para Barrios: una revancha sin sentido, el fin de una ilusión, la incapacidad de superarla. Los hechos lo desbordan, apela a salidas imaginarias y se margina. La breve jornada de Barrios a que asistimos, y que ocupa la mayor parte de la novela, es abrumada por este pasado, soportado, sufrido como inercia. Es sólo la reiteración de los gestos falsos, las mentiras miserables de todos los pequeños actos con que ha pretendido substituir la ausencia de una voluntad y de un juicio lúcido que lo arraigara en la vida.

La progresión del protagonista ha sido construida con coherencia por Saer, quien narra sus dilemas y vicisitudes sin retóricas. Un *tempo* pausado, acentuado por el pulso verbal, de tono por momentos casi coloquial, consiente la indicación de matices y de alternativas que otorgan alta sugestión al relato. En este sentido es ejemplar el primer capítulo en que la repetición de ciertos motivos consigue una cadencia de gran eficacia poética. El resto de los personajes que integran el mundo de la novela, han sido concebidos a través de rasgos concretos. Con pocos datos Saer obtiene perfiles que un ajustado manejo del diálogo le permite enriquecer.

La búsqueda de un realismo sustancial y la voluntad polémica, que indudablemente mueven a este escritor santafecino, han logrado estructurar una obra valiosa, ubicada en la línea de nuestra mejor tradición narrativa. Por otra parte la preocupación por el rigor expresivo nos indica que comienza a superarse cierto malentendido acerca de lo que debe ser una literatura nacional-popular, impensable sin la conquista de un lenguaje literario propio.

Carlos Altamirano

En Hoy en la Cultura, N° 21, Buenos Aires, julio de 1965, p. 16

Crítica bibliográfica

EXCELENTE NOVELA ARGENTINA. CICATRICES DE JUAN JOSÉ SAER.

He aquí una gran novela. Por su original estructura, por la limpieza de su estilo, por la multiplicidad de sus interpretaciones posibles y por la economía de sus recursos.

Que es una gran novela se percibe ya en las primeras cinco páginas, cuando una prosa deliberadamente opaca, lisa y gris pero maravillosamente bien servida, va desplegando la historia de Ángel, un aprendiz de periodista

marcado por la presencia prostituida de su madre. Son unos pocos personajes, todos hablan en primera persona y sus respectivas crónicas tramitan un escenario común –una ciudad, Santa Fe, dibujada una y otra vez a través de itinerarios brumosos– y un tiempo idéntico –un final de verano y un otoño lluvioso–, apenas vinculados por dos o tres hechos que asocian todos los hilos muy tenuemente.

Cicatrices parecería ser la historia de diferentes gratuidades. El aprendiz de periodista vagando de una a otra inquietud, todas igualmente banales; el abogado que da su vida al juego sabiendo que se está autodestruyendo; el juez que pone su fervor en una traducción innecesaria mientras a sus alrededores su propia vida se va destrozando; el hombre que mata a su esposa casi porque sí, todos estos personajes se mueven como fantasmagorías en el marco lluvioso de la ciudad provinciana, con coincidencias de tiempo y lugar pero rozándose apenas, con una constancia sonambúlica. En ellos todo es gratuito: de alguna manera todos se están inmolando, sin ningún motivo y ante ningún altar particular.

Es difícil transmitir la sensación que produce *Cicatrices* cuando se intenta sintetizar en un párrafo el caótico mundo que encierra. Saer ha conseguido poner a cada una de sus criaturas la voz justa, la máscara más precisa y real: Ángel habla como lo que es, un muchacho indeciso y desorientado; y el doctor López Garay, como un juez desalmado y probablemente homosexual que Saer ha querido inventar; y el abogado Escalante, con su manía de escribir ensayos sobre las tiras cómicas y su obsesión lúdica, todos están en su exacto papel. Y detrás de ellos el oficio excelente del autor, que no coloca una palabra de más ni de menos, que no echa mano de la piedad ni de la ironía ni de nada que no sea de la más descarnada objetividad, el despartamiento más inhumano y riguroso.

No dudamos que *Cicatrices* es una gran novela y que ha de perdurar.

Juan José Saer, nacido en Santa Fe en 1936 y actualmente, residente en París, autor de seis libros con anterioridad, es desde *Cicatrices* un nombre incorporado por propio derecho a la nómina mayor de la novelística nacional.

(Editorial Sudamericana)

Félix Luna

En Clarín literario, Cuarta sección, *jueves 21 de agosto de 1969*, p. 2.